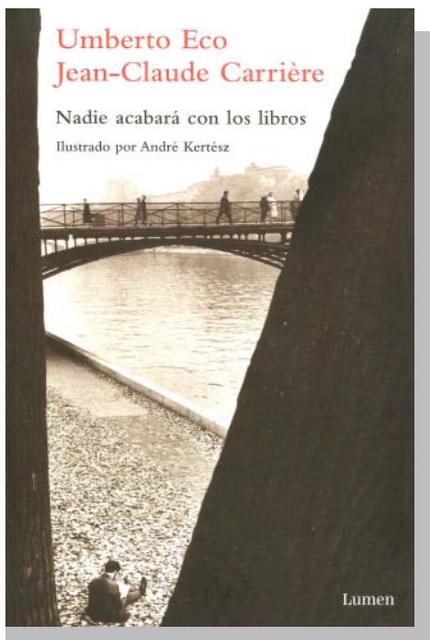


## Desde el estante

Barbara Castellanos Rafful.



Jean-Claude Carrière y Umberto Eco, *Nadie acabará con los libros*, Lumen, México, 2010, 272 páginas.

¿Acaso los libros desaparecerán como consecuencia de la revolución tecnológica en curso? Esta cuestión, que ha sido abordada desde hace algunos años por personajes de distintos ámbitos y que incluso anima con frecuencia charlas de café, es sólo el detonador de un intenso y enriquecedor diálogo entre dos referentes de la cultura occidental contemporánea: Jean-Claude Carrière y Umberto Eco. La pregunta inicial es rebasada muy pronto por otras preguntas, subyacentes: ¿qué es el libro, cuál es su esencia?, ¿los libros son importantes, qué representan?, ¿qué libros han pervivido y cuáles son las razones de su vigencia?, ¿cuáles son los vínculos

entre el libro, el arte y la cultura?, ¿qué cambios implicará en términos culturales un fenómeno como Internet?

Ese diálogo se materializó, como correspondía, en forma de libro. No estamos ante un ensayo académico, ni se trata de un texto habitado por certezas absolutas; tampoco se plantean conclusiones categóricas. *Nadie acabará con los libros* es una dilatada conversación en torno al valor y el significado de los libros y la cultura, espacio apto para trazar caminos de reflexión, visitar antiguas preguntas y proponer nuevas dudas de cara al porvenir, con un estilo a la vez erudito y desenfadado.

Como toda buena conversación, la que nos ocupa tiene un hilo conductor, guiado por un discreto entrevistador, Jean-Philippe de Tonnac; pero también hay cabida para divagaciones y paréntesis que contribuyen con dosis adicionales de luz y oxígeno, ya sea para ampliar el horizonte o profundizar el análisis tanto como se desee.

Algunos apartados del volumen son precedidos por entrañables fotografías de André Kertész, cuya lente nos invita, con sigilo, a descubrir el carácter íntimo y universal del acto de leer.

Desde el comienzo del coloquio se atisba la entrada a un mundo seductor y complejo, con cariz filosófico, que se vuelve un deleite poblado de ideas, anécdotas y referencias históricas, gracias a los interlocutores. Para abrir boca sobre el futuro del libro, Umberto Eco, semiólogo y autor de la novela *El nombre de la rosa*, aventura: “El libro ha superado sus pruebas y no se ve cómo podríamos hacer nada mejor para desempeñar esa función. Quizá

evolucionen sus componentes, quizá sus páginas dejen de ser de papel. Pero seguirá siendo lo que es”.

Por su parte, Jean-Claude Carrière, dramaturgo y guionista, excolaborador cercano de Luis Buñuel, se refiere al interés por conservar la memoria y destaca el papel fundamental del libro en esta empresa, al tiempo que desconfiaba de los soportes modernos para almacenar información. “No hay nada más efímero que los soportes duraderos”, afirma, y compara los más de quinientos años de existencia del libro impreso, con la variedad de formatos que han desfilado ante nuestros ojos en las últimas tres décadas.

Según De Tonnac: “las prácticas y las costumbres coexisten y no hay nada que nos guste más que ampliar el abanico de nuestras posibilidades”. En ese sentido, coinciden Carrière y Eco: en el pasado reciente, los nuevos lenguajes del siglo XX (radio, cine, televisión, cómic) no acabaron con los lenguajes previos (libros y teatro); al contrario, se incrementaron las opciones y en algunos casos se tendieron puentes entre estas generaciones de lenguajes.

Como en una tertulia, los participantes se detienen a indagar las repercusiones de la tecnología y su trepidante compás. Carrière sostiene: “La tecnología no es en absoluto una ventaja. Es una exigencia”. Eco agrega: “La velocidad con la que la tecnología se renueva nos obliga, en efecto, a un ritmo insostenible de reorganización permanente de nuestras costumbres mentales”. Ambos aportan ejemplos suficientes para relativizar las pretendidas proezas tecnológicas actuales, aunque les reconocen méritos.



Fuente: <http://www.sxc.hu/browse.phtml?f=download&id=537906>

En el fluir del diálogo, Carrière y Eco, bibliófilos en sentido lato y estricto, reivindican la naturaleza incombustible de los libros, pese a la quema y demás actos de destrucción de los que han sido objeto a lo largo de los siglos, ya sea por censura, negligencia u olvido. Además, dedican varios episodios de su conversación al significado de la cultura y su primordial función de selección.

En la ruta surge una cuestión inevitable: ¿cómo se inserta Internet en el entorno cultural?, ¿cómo tratar la memoria incontrolable que Internet pone a disposición, la vorágine de información que provee? Eco apela al arte de la síntesis y a la trascendencia de aprender a controlar información cuya autenticidad no podemos verificar. Carrière sugiere una fórmula: “El saber es aquello con lo que cargamos y a menudo no nos resulta útil. El conocimiento es la transformación de un saber en una experiencia de vida. Quizá podemos encomendar la carga de este saber

continuamente renovado a unas máquinas y concentramos en el conocimiento”. Los dos intelectuales convienen en que la gran aportación de Internet es que ahora podemos estar informados de todo y actuar en consecuencia; asimismo, ven Internet como un medio para reducir las posibilidades de censura y de condenar a alguien al silencio o al olvido.

Tanto Carrière como Eco se solazan al hablar de su atracción por estudiar la historia de la estupidez: los libros, como expresión de la cultura, también pueden ser muestras de error, mala fe y estupidez, espejos de las imperfecciones y las limitaciones humanas. Carrière explica su fascinación: “lo falso es el único camino para lo verdadero”. Eco admite: “La suma algebraica entre vigor intelectual e imbecilidad es casi nula”.

Con el sentido del humor como una faceta más de la inteligencia, las interrogantes y los intercambios intelectuales se suceden en las páginas de

*Nadie acabará con los libros.* En ellas se pasean temas inagotables, como: la actual fragilidad del presente, “las religiones de libro”, el arte como derivación de la cultura, la relación del arte con el poder, la construcción social e histórica de una obra maestra, la condición controversial del filtraje cultural, la transición de la lectura en voz alta a la lectura en voz baja, el efecto de los programas informáticos sobre la escritura, los motivos y el destino de las bibliotecas personales, lo que hemos perdido aprendiendo a leer, los bajos niveles de lectura en el mundo, el mayor acceso a las bibliotecas y las librerías, entre un caudal de asuntos inquietantes y estimulantes.

En suma, con naturalidad, Carrière y Eco erigen al alimón un amoroso homenaje al libro, invento que consideran una de las creaciones más acabadas de la humanidad, obra magna única que da aliento al pensamiento y la imaginación. 